

Con esto, la *luz de Cristo* dejaba de ser la norma de las inteligencias, la *gracia de Cristo* la única santificadora de las almas, y la *ley de Cristo* pasaba a ser una opción entre otras. Ahora bien, el reinado de Cristo se realiza de hecho por la aceptación social de la *luz, gracia y ley de Cristo*. Con lo cual el Concilio acabó con la realeza de Cristo, y lo destronó efectivamente.

Conclusión.

En el momento de la Pasión, en que todos hacen burla de la realeza de Cristo, un hombre tiene la audacia de reconocerla públicamente: el buen ladrón. «Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino». Confesión de fe de un valor incalculable a los ojos del mismo Cristo. Está ese pobre criminal muriendo en la cruz, viendo cómo Cristo muere con él, y con todo reconoce en El al verdadero Rey de toda la tierra, y le pide que cuando vuelva en su Reino se acuerde de aquél que fue su compañero de suplicio.

También nosotros, en este momento de negación moderna y sistemática de la realeza de Cristo, debemos permanecer fieles en reconocer, profesar y llevar a la práctica la realeza de Cristo. Tal vez nos encontremos llenos de miserias personales, como el buen ladrón; tal vez llenos de cruces y sufrimientos en nuestras familias; tal vez con los brazos clavados en la cruz, sin poder hacer gran cosa por defender política y socialmente la realeza de nuestro Dios y Salvador; pero siempre podremos confesarla con nuestros labios, y aprovechando de todos los medios que Dios sigue dejando por el momento a nuestra disposición:

- *Guardando la Santa Misa, y conservando fielmente la enseñanza tradicional y bimilenaria de la Iglesia.*
- *Sosteniendo los prioratos, escuelas, seminarios y demás bastiones de la fe que Nuestro Señor nos permite aún conservar.*
- *Y sobre todo viviendo y muriendo con un reconocimiento práctico de la realeza de Cristo sobre cada una de nuestras vidas, de nuestras familias, de nuestras inteligencias, de nuestras voluntades.*

Y para pedir esas gracias a Cristo Rey, dirijámonos a El con las palabras del papa Pío XI en su hermosa oración:

¡Oh Cristo Jesús! Yo os reconozco por Rey universal. Todo cuanto ha sido hecho, ha sido creado para Vos. Ejerced sobre mí todos vuestros derechos. Renuevo mis promesas del bautismo, renunciando a Satanás, a sus pompas y a sus obras; y prometo vivir como buen cristiano. Y particularmente me comprometo a hacer triunfar, según mis medios, los derechos de Dios y de vuestra Iglesia. Corazón divino de Jesús, os ofrezco mis pobres acciones para obtener que todos los corazones reconozcan vuestra sagrada Realeza, y que así se establezca en el mundo entero el reinado de vuestra paz. Amén.

La realeza de Cristo en su Pasión

«*Hosanna al Hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel*», gritaban los muchachos judíos cuando Nuestro Señor entró triunfalmente en Jerusalén el día de Ramos, previo a su santa Pasión.

Y lo mismo gritaba el papa Pío XI en 1925, al publicar su encíclica *Quas primas*, en la que resumía toda la doctrina de la Iglesia sobre la realeza de Cristo; grito al que se asociaron gozosamente los chiquillos cristeros de Méjico, luchando y muriendo por la causa de Cristo Rey; los chiquillos españoles, en la Cruzada de 1936; y todos cuantos de uno u otro modo tuvieron que luchar contra la Revolución para mantenerse fieles a Cristo Rey.

Por desgracia, las décadas de 1920 y 1930 parecen haber sido el momento de inflexión entre dos grandes tendencias: • la del *Misterio de Cristo*, como lo llama San Pablo, y que se resume en una frase: *Oportet Illum regnare*, «es necesario que Cristo reine»; • y la del *Misterio de iniquidad*, también en frase del Apóstol, y que se resume en aquella otra consigna: *Nolumus Hunc regnare super nos*, «no queremos que Cristo reine sobre nosotros».

1º *Oportet Illum regnare:* Cristo Rey en las Escrituras.

Impresiona ver cómo en la Escritura, el rasgo que más se asocia a la condición divina del Mesías es el de su realeza: el Mesías Dios debe ser Rey.

- *Así, en el Antiguo Testamento, Dios promete a David que uno de sus descendientes consolidará su trono para siempre: «Yo levantaré después de ti a un hijo tuyo: éste edificará un templo en que será adorado mi nombre, y yo afirmaré su trono real para siempre. Yo seré su padre, y él será mi hijo... Y tu casa será estable, y tu trono permanecerá eternamente». Este descendiente es ciertamente Cristo, el Mesías, del que Dios será realmente el Padre, que levantará el Templo de la Iglesia católica, y que gozará de un trono estable por siempre.*
- *El profeta Daniel, interpretando el sueño de Nabucodonosor, le anuncia que aún faltan cuanto grandes reinos hasta la venida de un reino que Dios suscitará, y que reducirá a la nada todos los demás reinos, mientras que él subsistirá para siempre: reino que no es otro que el del Mesías.*
- *Especialmente durante y después de la cautividad, los judíos escucharon cómo los Profetas les anunciaban reiteradamente el Reino mesiánico, que no será sino la plena y perfecta restauración del Reino de Judá por parte del miembro más signifi-*

cativo de ese reino, el Mesías, descendiente de Judá y de David, que lo implantará en toda la tierra.

No menos claro es el anuncio de la realeza de Cristo en el Nuevo Testamento:

- En la Anunciación, el arcángel San Gabriel le dice a María Santísima: «Sábete que has de concebir en tu seno, y darás a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor dará el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin». Ahí se cumplen dos profecías sobre el Mesías Rey: la hecha a David, de que un Descendiente suyo se sentaría en el trono de Judá para siempre, y la de Daniel, que anunciaba para el Mesías un reino eterno.
- Los Magos se presentan a Herodes preguntándole por el recién nacido Rey de los judíos; esto es, por inspiración divina habían conocido la realeza del Niño al que iban a adorar, y por eso, entre sus presentes, le ofrecen oro, señal de realeza.
- Nuestro Señor mostró sus títulos reales a las turbas cuando en varias de sus parábolas se pinta a sí mismo como un Rey o un Hijo de Rey. También en el sermón a sus Apóstoles sobre el juicio final: «Cuando venga el Hijo del hombre con toda su majestad, y acompañado de todos sus ángeles, se sentará en el trono de su gloria, y hará comparecer delante de El a todas las naciones, y separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, poniendo las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá los que estarán a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del Reino que os está preparado desde el principio del mundo...».
- Y antes de su Ascensión a los cielos, Jesucristo vuelve a declarar explícitamente su realeza a sus Apóstoles: «Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, **adoctrinad** a todos los pueblos, **bautizadlos** en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y **enseñadles a observar** todas las cosas que Yo os he mandado».

Así, pues, toda la historia de la humanidad se reduce a la **preparación**, la **instauración** y la **extensión** del Reino de Cristo Dios entre los pueblos: • primeramente entre las gentes, pues los judíos, por su infidelidad, quedan momentáneamente excluidos de la pertenencia a dicho Reino; • pero al fin de los tiempos, también a los judíos, que acabarán reconociendo a Cristo como a su Dios y a su Rey: «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos».

2º *Nolumus Hunc regnare super nos:* Cristo Rey en su Pasión.

Desgraciadamente, la encíclica *Quas primas* marcaba realmente el Domingo de Ramos en la historia de la Iglesia: venía a continuación la Pasión de la Iglesia, el triunfo del **Misterio de iniquidad** contra el **Misterio de Cristo**, la negación de la realeza de Cristo en todos los ámbitos.

Pues bien, también esto fue significado en las Escrituras. ¿De qué modo? Es significativo que la negación de la **divinidad** de Cristo se expresa concretamente, durante la Pasión del Señor, con la negación de su **realeza**, con la burla constante de la realeza de Cristo:

- Los judíos lo acusan ante Pilatos de hacerse rey, soliviantando a las poblaciones contra el César; y rechazan a ese Rey: «No tenemos más rey que al César».
- Pilatos sólo le pregunta dos cosas: • si realmente es Rey, a lo que Cristo le contesta que sí, aunque no al modo de los demás reyes; • y si es realmente el Hijo de Dios, por donde ambos atributos quedan claramente vinculados.
- Herodes se burla de Cristo bajo el aspecto de rey; por eso le hace vestir de vestiduras brillantes, privilegio entonces de los reyes.
- Los romanos, después de flagelar a Nuestro Señor, burlonamente lo coronan como rey, colocándole una corona de espinas en la cabeza, una clámide como insignia real, y una caña a modo de cetro, y lo saludan como «Rey de los judíos».
- Finalmente, el motivo de la condenación a muerte de Cristo, que Pilatos se negará a modificar, puesto que expresa el título que Cristo quiere exhibir especialmente en su Pasión, es uno solo: «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos».

Pues bien, esto mismo debía suceder en la Iglesia, que prolonga la vida de su Cabeza: las naciones cristianas acabarían rechazando, al final de los tiempos, la realeza de Cristo, y todo el mundo se burlaría de la pretensión de la Religión católica a reinar sobre toda la tierra y todos los pueblos.

- Este Reinado empezó a ser **negado por principio** por los enemigos de la Iglesia, especialmente a partir de la Revolución francesa. Con los ideales de **libertad, igualdad** y **fraternidad**, y con la **Declaración de los derechos del hombre**, Dios quedaba destronado de la sociedad, y ese trono real lo ocupaba el hombre. Por eso los Papas denunciaron siempre dichos ideales y Declaración como contrarios a los derechos soberanos de Dios y de su Iglesia.
- La lucha contra esta realeza, así como fue llevada por los gentiles a instigación de los judíos, lo sería ahora por todos los poderes mundanos, pero a instigación de los hombres de Iglesia. Y así, en el Concilio Vaticano II, Pablo VI volvió a repetir a coro con los sumos sacerdotes del judaísmo: «No tenemos más rey que al hombre hecho César». Basta escuchar, si no, su declaración en la clausura del Concilio: «**El humanismo laico y profano** ha aparecido en toda su terrible estatura y, en un cierto sentido, ha desafiado al Concilio. **La religión del Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con la religión –porque tal es– del hombre que se hace Dios.** ¿Qué ha sucedido? ¿Un choque, una lucha, una condenación? Podía haberse dado, pero no se produjo. La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio... Vosotros, humanistas modernos, que renunciáis a la trascendencia de las cosas supremas, conferidle siquiera este mérito, y **reconoced nuestro nuevo humanismo: también nosotros –y más que nadie– tenemos el culto del hombre**».
- Por eso, en dicho Concilio se declara: – la **libertad religiosa**, o supuesto derecho que cada hombre tiene de tener a otro rey que a Cristo, y a profesar otra religión y moral que la enunciada por Cristo; por eso, los Estados no deben ser ya confesionales, sino mantenerse en el equilibrio de una «sana laicidad»; – el **ecumenismo**: toda religión que venga del hombre tiene tanto valor como la instaurada por Cristo; por eso el católico ha de dejar de combatirla o de hacer proselitismo, para dialogar con ella y enriquecerse con los valores que profesa; – la **colegialidad**: hay que descartar la idea misma de una forma monárquica de gobierno, y apuntar al gobierno democrático, pues si el hombre, y no Cristo solo, es Rey, todos deben ejercer por igual esa realeza.